

LA KOINONIA EN EL TESTIMONIO

Testimoniar juntos es consecuencia de estar juntos. Si desde los tiempos apostólicos una iglesia como la de Corinto, unida por la Tradición apostólica y la fracción del pan, ha dado un testimonio opuesto a causa de su división interna, las iglesias que están separadas desde el cisma del siglo V hasta la Reforma, difícilmente podrán manifestar al mundo la potencia de su amor y velan, por ello, el rostro del Señor. ¿Qué puede significar, entonces, más allá de una práctica común, una comunión en el testimonio?

El amor es una realidad que trasciende todo conocimiento y lo determina. En la primera Carta de San Juan, encontramos una correlación perfecta entre la comunión con Dios —manifestar la verdad, la comunión de unos con otros, y el conocimiento— y entre permanecer en Dios y la observancia del mandamiento nuevo y la victoria sobre el mundo. En efecto, el autor y el lugar del testimonio es el propio Espíritu Santo. Si juntos somos los portadores de ese testimonio manifestamos en comunidad la vida trinitaria. El Espíritu sella nuestra unión y hace de nosotros una única epifanía divina. Pero esto sólo es posible si los fieles, unidos por estrechos vínculos de amor, llegan a la plena expansión de la inteligencia que les permitirá comprender el misterio de Dios (Col 2,2). Gracias a la participación en este misterio podemos contribuir a «hacer crecer el cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a estar unidos en la fe y el conocimiento del hijo de Dios. De este modo alcanzaremos la madurez y el desarrollo que corresponden a la estatura perfecta de Cristo» (Ef 4,12-13, NIV). Este avance hacia el ser eclesial en sentido colectivo y de comunión se realiza en la visión del misterio de la Iglesia

como lugar de la espera de la luz no crepuscular, del banquete en que se juntan las dos parusías, cosa imposible en el estado actual de nuestras divisiones.

No es mediante un esfuerzo común ni por una colaboración planificada como vamos juntos hacia el mundo. Se trata de la identidad del ser eucarístico, signo del ser de la fe común que conforma en nosotros el mismo rostro y lo presenta al mundo con los mismos rasgos. La divina naturaleza en la que participamos mediante ascensiones sin fin es la que hace nuestra unidad porque conforma nuestra identidad. Ya no se trata únicamente de que la inteligencia sea iluminada por las enseñanzas del Evangelio, sino de que el corazón es purificado al quedar libre de pasiones. «La propia luz divina acogida en el fondo mismo de mi ser, y del vuestro, manifiesta en adelante, como dice San Máximo Confesor, la energía común a Dios y a sus elegidos, o más bien sólo existe un Dios único, en la medida en que, como corresponde al amor, impregna por entero a sus elegidos».

KOINONIA: CREACION DE DIOS

Así es como Dios realiza la koinonía entre los creyentes, a los que ya glorifica independientemente de la Iglesia a que pertenezcan. La koinonía del testimonio es la calidad de un ser eclesial comunitario constituido en el propio Dios. La unidad en la acción es consecuencia de la unidad de la visión. El mundo sólo es sensible a la perfección de la vida, venga de donde venga. Eso no desmerece en nada la importancia del dogma como signo de la ortodoxia de la fe ni como ámbito normal de la santidad. Pero el Espíritu sopla donde quiere, y la santidad entendida como iluminación y glorificación, puede ser acogida por todos los hombres. El conjunto de esos hombres y mujeres penetrados del misterio en la comunión del Espíritu Santo, es lo que hace el cuerpo de Cristo. Si quisiéramos una definición patrística de la Iglesia, diríamos que es el conjunto de los hombres deificados que, impasibles a las pasiones, se han convertido en la morada de la Santísima Trinidad. Son los mismos que han entrado en la intimidad trinitaria según la palabra del Señor: «nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera darlo a conocer» (Mt 11,27). El proceso es,

pues, el siguiente: Jesús, por estar establecido eternamente en la visión del Padre, nos hace testigos «con poder según el Espíritu de santidad» (Ro 1,4) en la medida en que participamos ya en la resurrección de los muertos. El testimonio dado únicamente por una misma palabra no tiene ningún alcance. Si la carne del testigo no se convierte en verbo que transforme eucarísticamente a la persona en su totalidad, no se produce la transmisión de ningún mensaje. Ni siquiera en el Antiguo Testamento fue jamás la palabra exterior al profeta. La persona del profeta fue transfigurada por la palabra que en él se convertía en soplo. He ahí por qué cada profeta tiene su propia festividad y su propio icono.

Nuestro testimonio es el de Dios en la medida en que renunciamos a nosotros mismos. Por eso si la Iglesia se convierte en la comunidad de los mansos de espíritu, desvelará el rostro de Jesús, que por su muerte se convirtió en el cordero de Dios y en el pastor al mismo tiempo. He aquí por qué la Iglesia sólo es signo profético por el martirio. El gran filósofo ruso Vladimiro Soloviev va más lejos aún y proyecta la unidad de la Iglesia en una visión escatológica. En las *Tres entrevistas* y en el *Relato sobre el Anticristo*, los tres personajes principales simbolizan, como su nombre indica, las tres grandes familias cristianas: la católica, la ortodoxa y la protestante que, después de haber sido eliminadas por el Anticristo, resucitan juntas y restauran la unidad perdida. Opino que la diferencia fundamental entre la profecía de la Antigua Alianza y la de la Nueva Alianza realizada en Cristo estriba en que el Señor sólo se realiza como profeta con la muerte. Análogamente, al renunciar a la violencia, la Iglesia vuelve a encontrar su femineidad en la que se entrega al hálito de su Espíritu y lo recibe.

La Iglesia enviada al mundo llama al mundo a que saboree lo que ella ha saboreado: el gozo de haber vivido con Jesús en la cámara nupcial. Debido a estos esponsales místicos, la Iglesia vive en oposición al mundo en el sentido joánico. El reino que inaugura la Iglesia rasga el tejido de la historia. Existe una verdadera negación de este eón cuando la «nube de testigos» que en él viven le anuncian en su rechazo de la idolatría la promesa del futuro eón. La divina acción no es un simple transcurrir del tiempo sino una serie de epifanías divinas en la lealtad del Espíritu a sí mismo en la previsibilidad de la historia. Ahí, el carisma de profecía juega contra la demonización del mundo y resulta trágico que el pecado sea

simplemente descrito, analizado como una simple vulnerabilidad del ser y no ya como la seducción de la Serpiente, la fuente de la desintegración del ser que conduce a la muerte.

Mas existe también el mundo considerado como armonía y belleza paradisiaca según la palabra: «Pues tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16). Es un mundo de poesía, revelación, un libro divino, una manifestación de la eterna sabiduría de Dios, de diaconía, una fuente inagotable de la cultura que conduce a la virtud según la palabra de Orígenes, y de la concreción que nos coloca en el umbral del reino a pesar de la ambigüedad de la cultura y de la sed insaciable de lo bello. Aquí la Iglesia y el mundo no constituyen dos espacios distintos ni están vinculados a dos tiempos diferentes. La Iglesia, consciente del amor que Jesús le profesa, peregrina permanentemente a través del tiempo y del espacio. No está en parte alguna que no sea en el mundo. Por eso Orígenes ha podido escribir acertadamente: «Cristo es el cosmos de la Iglesia y la Iglesia es el cosmos del cosmos». Entendida así, la Iglesia no está situada frente al mundo. Y tampoco está en el mundo. Es el mundo el que está en la Iglesia. Ella es su logos, su significación. Ella lo lleva a su destino porque puede leerlo y ser el vínculo de su transfiguración.

El mundo vive del misterio de la Iglesia gracias al resto salvador. Un número considerable de cristianos permanece en la infidelidad y el resto es el que espera el reino y vuelve a crear el mundo. El reino es un tesoro oculto las más de las veces. Pero hay un testimonio del silencio, del canto, del celo indecible de esos seres de fuego heridos por el amor de Jesús con una herida que según el andaluz Ibn Arabí, no sana jamás. En algunos países en que los cristianos son minoritarios, la historia ha pasado aparentemente sin pena ni gloria. En esos países se vivía el Evangelio en una confesión comunitaria cotidiana. Y los no cristianos daban testimonio en su literatura de lo que recibían de esa pobreza evangélica que estaba lejos de ser una ausencia.

Hay épocas de visitación en las que la fidelidad crece, en que la percepción de los misterios divinos se agudiza, en que la sed de la Palabra se intensifica. La Iglesia se hace más hermosa y el mundo percibe su belleza y se transforma lenta, imperceptiblemente. Se diría que en la actualidad el mundo se halla encerrado en una autonomía destructiva, y formula sus

propios valores éticos que no dejan de tener una cierta relación con el Evangelio. Pero es evidente que la acción del Espíritu sigue sus propios caminos en una sociedad que desarrolla su propia civilización fuera del lenguaje, de la simbología cristiana, ajena en todo al misterio de la muerte y a la esperanza de la resurrección.

TESTIMONIO CRISTIANO: RETOS PARA EL FUTURO

La reevangelización del mundo des cristianizado pasa por el desarrollo legítimo de la ciencia y la tecnología, de la libertad y los derechos humanos, pero con sujeción a la vigilancia que impone una lectura crítica de la mitología de las sociedades desarrolladas. Esas sociedades mantienen un evidente aspecto irracional y conocen el azote de la discriminación racial, la explotación del Tercer Mundo y aplican la ley del embudo al hemisferio Sur. Si las iglesias no se apartan del maquiavelismo de alguna potencia, el testimonio cristiano estará abocado a la esterilidad. La presencia en países no cristianos de cristianos extranjeros que han vivido en la arrogancia y el poder ha sido para los autóctonos que trataron de imitarlos un error y una falta.

Por si fuera poco, los pueblos que han conseguido la independencia no se sienten muy atraídos por el cristianismo. Por lo que me parece que ni la misión, ni el diálogo que propugna ya no son válidos. La transformación social se ve como la obra laica en el seno de la solidaridad internacional y ya no como expresión del Evangelio. Ya no se sabe más cómo se puede cumplir la orden del Señor: « Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes » (Mt 28, 19). Lo cierto es que la orden de Jesús es un mandato imperativo y, sea cual fuere nuestra visión de las religiones y de su lugar eventual en el designio de Dios, Cristo sigue siendo el único camino que lleva al Padre. En Él se producirá el encuentro escatológico de los fieles de diversas religiones.

No hay duda de que la misión organizada no es concebible en inmensas regiones del globo donde no se reconoce la libertad religiosa y el peso de la colectividad religiosa gregaria excluye toda conversión. Y sin embargo, el testimonio cristiano no es desconocido ni siquiera en esas regiones. Es percibido gracias a la convivialidad, a la obra nacional co-

mún, al arte, a la literatura y a la piedad auténtica de las gentes sencillas. Se comparten valores evangélicos reales. El diálogo, ya sea simple o elevado, abre las mentes y los corazones a la imperfecta verdad aunque real del Evangelio.

En esta situación de abertura, los cristianos de toda obediencia se embarcan juntos si ofrecen el mismo testimonio fundamental. En las sociedades pluralistas los cristianos no se interesan por nuestras divergencias dogmáticas. Lo propio del tráfuga es estar libre de toda lealtad política que le enajene de los no cristianos, sobre todo si el cristianismo se ve como una involución o si se presenta como un sentimiento identificador exacerbado. La participación en la cultura nacional, la sensibilidad a las propias pruebas de la nación pueden hacer audible el mensaje. La credibilidad de los cristianos está ligada a su opción confiada por la justicia y la paz, en una voluntad de liberación nacional y social y no en la simple lucha por los derechos exclusivos de los cristianos. La prueba del amor es el diálogo de una vida compartida.

Puede instaurarse el diálogo de la verdad. La adhesión de los cristianos a la verdad de Cristo no debe hacer perder de vista las verdades dispersas en las tradiciones religiosas que los rodean. Todas proceden de la misma fuente divina. Todo alimento espiritual vivificante debemos recibirlo, no como un verbo humano sino como pan que baja del cielo. Todo discurso rechaza otro discurso y toda escritura a otra escritura. He aquí por qué la finalidad del diálogo, al trascender las tradiciones religiosas, es sobre todo buscar la verdad divina que se oculta bajo palabras diferentes y símbolos distintos. En eso no se da ninguna relativización del mensaje cristiano, ningún sincretismo. Es el mismo Cristo que adoramos cuando camina errante a través de los espacios infinitos de las religiones. Eso nos exige una actitud kenótica. La kénosis es la parte que no se dice del testimonio. Puede ser su aspecto más fecundo.

En el diálogo la Iglesia se abre, se hace más profunda y se conoce a sí misma. El diálogo no es para ella un medio pedagógico o táctico de atraerse a otros. Es, en todo caso, el único contacto posible en una sociedad pluralista. Incluso en los países de sustrato cristiano, el ateísmo, el misticismo y las sectas se han convertido en tradiciones de carácter religioso, hasta el punto de que la misión directa que consiste en atacar a sus ídolos ya no tiene vigencia. El cristiano crea interior-

mente ese mundo por la fuerza del Espíritu. Renovado por ese mismo Espíritu participa en la obra común de la humanidad. Peregrinará a través de todo lo creado, de todo lo histórico, en su libertad interior, fascinado por el rostro de Cristo. El cristiano no podrá dilatar el mundo hasta las dimensiones infinitas del reino si no pertenece apasionadamente al mundo y al reino. El reino no se adquiere apartándose del mundo. Sólo se puede salvar al mundo con la fuerza del Cristo que viene. Y esta tensión creadora es el secreto del testigo.

Metropolitano JORGE (KOHDR) DEL MONTE LIBANO
Arzobispo del Patriarcado Ortodoxo de Antioquía